

## LOS MEDIOS DE COMUNICACION DE MASAS EN LA DEMOCRACIA

POR

ANGEL MAESTRO

Constituye ya un viejo tópico al hablar del poder de la prensa el citarla como el cuarto poder junto a la división clásica de poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Hoy, después de la enorme proliferación de los medios radiofónicos, de la gigantesca influencia televisiva y de las repercusiones y amplitud de los mismos como luego veremos, resultaría aventurado otorgarle calificación, situarlo como el cuarto poder o el primero, el segundo o el tercero, no me atrevo sinceramente a calificarlo en un puesto. Pero lo que sí es indudable es que se trata de un poder tan amplio, tan omnímodo y tan poderoso que condiciona a los otros tres poderes de una forma tan evidente, que sobre todo en los países del sistema político partidocrático, su condicionamiento resulta vital para el desarrollo y existencia y el ejercicio de los tres poderes clásicos.

Una característica básica que encontramos en el periodista actual le diferencia sensiblemente de lo que ha sido habitual en otros períodos de la historia, Antes existían periódicos, y siguen existiendo de partido, o de una tendencia determinada. Esto ha perdido de una forma clara su influencia y surgen publicaciones pretendidamente apolíticas, que sólo hostilizan a una serie de enemigos que constituyen para ellos el cúmulo y la simbología de todo el mal: los sistemas conservadores, las dictaduras que no son marxistas-leninistas, el tradicionalismo en general. Bajo esta aureola progresista, el periodista actual, sin etiquetar su pensamiento y su expresión al servicio de un partido o idea se manifiesta como una persona que se encuentra por encima del bien y del mal: haría falta ser una persona muy equilibrada con gran formación, de la que está ayuna, normalmente, el periodista medio, persona de incultura generalmente manifiesta y cuyos

conocimientos responden sólo a una serie de tópicos, para no situarse por encima del bien y del mal, y comprender que es un ser que puede producir grandes perjuicios y trastornos por sus informaciones.

Supuesto portavoz de la masa, llega a hacer creer a ésta las verdades pretendidas, no existentes más que en el cerebro de sus inductores, y muchas veces no responden tampoco a maquiavélicas posturas de influenciación de la opinión aunque en algunos casos sí es indudable. Tenemos numerosos ejemplos de que cuando un columnista de moda o uno de los pretendidos portavoces de la opinión pública repite una frase, un concepto, ésta es enseguida absorbida profundamente por la masa. Así, ejemplos pueriles y nimios podríamos citar a montones.

Si tuviésemos que calificar en orden de influencia los factores que han influido en el cambio casi total de la sociedad española, habríamos de citar, en primer lugar, a los medios de comunicación.

El martilleo continuo en una línea unidireccional de destrucción de valores tradicionales y la apología de la permisividad como factor claro, y por encima de toda discusión, ha sido su línea constante. El efecto en la opinión pública, en la opinión incluso no politizada en un sentido o en otro, cuya fuente de formación de opinión lo constituyen los medios informativos, y, sobre todo, la televisión, ha sido de proporciones increíbles.

Resulta sorprendente para un observador imparcial y despolitizado, que quiera hacer un análisis objetivo desprovisto de los medios informativos españoles, hacer un análisis lúcido y desprovisto de los medios informativos españoles al finalizar el siglo xx. La unidireccionalidad de los mismos en sus líneas maestras, su rutina, su identificación casi total al enfocar los problemas, al efectuar cualquier comentario.

Da igual que dicho comentario, bien sea sobre aspectos de política local, internacional, o al abordar cualquier problema sociológico. Es lo mismo el oír cualquier noticiario televisivo o radiofónico, leer a varias de las firmas tanto masculinas como femeninas que a través de agencias vierten sus comentarios en

periódicos de Madrid o de provincias, leer a cualquiera de los jóvenes rebeldes, a los directores de periódicos más o menos consagrados con fama de terribles.

Todos, obligatoriamente, hablarán del próximo «otoño caliente» de «la boda del siglo» o de otras frases que parecen de inserción obligada, cual si fuesen las consignas de los primeros tiempos del Antiguo Régimen, que tanto denostan, y que constituye recurso insuperable para justificar cualquier mal de nuestra sociedad actual, desde los fracasos de la escolarización, a la infraestructura del transporte o a los incendios forestales.

Asimismo, las críticas al sistema, aunque parezcan duras, sólo afectarán a la cáscara del sistema, nunca a lo profundo del mismo. Recientemente exponía Gonzalo Fernández de la Mora, en un editorial nítido y brillante, cómo los Estados actuales reducen la moral a tres escasos mandamientos: pagar los impuestos, no cambiar las reglas del juego que permiten a las oligarquías patitocráticas el monopolio del poder y ejercitar el soborno, pero con cierta discreción.

Pues bien, esos jóvenes, y no tan jóvenes, lobos y lobas del periodismo, atacan la superficialidad de los defectos del sistema, pero nunca su última consecuencia, cual las reglas del juego de la oligarquía partitocrática. Hablarán de las corrupciones de determinados personajes cercanos al poder, creyendo así ejercer una labor profiláctica, y convencidos de efectuar la labor crítica del sistema. Pero nunca llegan a su consecuencia definitiva, la suplantación del poder por esa oligarquía partitocrática, que en nombre de una hipotética libertad formal, asfixia al ciudadano y le impide solucionar sus problemas verdaderos. Eso sí, llenándose de artículos de las mismas plumas, que hablan del «buen sentido popular», «del fino instinto del pueblo» «del sentimiento común de los votantes», condenados los pobres a arrojar una papeleta en las urnas cada tres o cuatro años, donde la posibilidad de elección de unas listas cerradas por la oligarquía partitocrática, aliena a las masas creyendo que son soberanas, y no son sino meras comparsas de esa oligarquía despótica, pero disfrazada de democracia.

Esos mismos lobos del periodismo escrito o radiofónico, que despedazan reputaciones y destruyen vidas en nombre de ese pretendido sacrosanto derecho a la libertad de expresión que ha de privar según numerosas sentencias judiciales por encima de la intimidad o del honor, son cautos, más aún tímidos al tratar ciertos temas «tabúes». Altos Miembros de la Magistratura filtran informes y datos y sentencias para ser bien vistos por esos medios.

Así, una vez constatado el hecho de que la prensa de derechas no existe, dejando aparte cierto venal medio y limitada a la casi clandestinidad de boletines y pequeñas publicaciones, es un hecho que sólo la calificada de ultraizquierda se atreva, de forma sumamente minoritaria, comparada con la globalidad de esos medios informativos, a plantearse ciertas preguntas legítimas en un Estado que fuese una democracia de verdad.

Recientemente el filósofo de izquierdas Javier Sádaba, decía con toda razón, al hablar del miedo, hablar de la República, el porqué la figura del Jefe del Estado, se trata con tal precaución y cuidado, que parece que hablásemos, decía el citado filósofo, de las tinieblas exteriores.

En efecto, esos periodistas agresivos, al hablar de la dinastía reinante, incurren en tópicos gastados y elogios mil veces repetidos. Hombres y mujeres que dicen ser de una extraña ideología izquierdista, escriben de la habilidad del monarca, de la sonrisa de los Borbones, y, colmo del paraxismo y de su propia majadería, hablan del actual jefe del Estado diciendo que es «un cachondo mental». Claro que muy posiblemente el propio jefe del Estado sonría halagado antes esas muestras de dudoso gusto.

Podrá discutirse, vituperar incluso, la actuación de tales o cuales periódicos, pero existirá un silencio casi total, sobre la desprotección del ciudadano que se cree libre, frente a la agresión del monstruoso Leviatán, que es el nuevo Estado: recordando el editorial antes comentado, habrá temas que no se discutirán, cual el de pagar los impuestos, por más que sean abusivos y confiscadores.

Estos, así como el jugar dentro de las reglas de la oligarquía, se convierta en algo intocable. Nunca veremos a esas firmas, a

esos pretendidos nuevos Walter Lippman españoles, atacar el fondo de los asuntos. En frase gramsciana, al que tantas veces siguen sin saberlo, atacan la superestructura, mas no la estructura de los verdaderos males de la sociedad.

Si alguna voz osa discrepar de lo profundo, de lo fundamental, y no de lo accesorio, como es la mera anécdota de que si Juan Guerra se ha llevado tantos o cuantos millones, si alguien pone en tela de juicio la pretendidamente sacrosanta constitución de 1978 —por lo demás una más, entre las numerosas habidas en España, entre 1812 y 1978—, a ese sí se le arroja a esas tinieblas exteriores.

Estos pretendidos sacerdotes y sacerdotistas de la libertad, a la que dicen oficiar e incensar a través de sus comentarios, actúan con tal uniformidad en los mismos, que podemos observar en cualquier cambio de ministros, que sus comentarios, escritos o radiofónicos, ofrecerán una asombrosa uniformidad. Mas no sólo en las ideas a transmitir, sino en el mismo lenguaje.

Da la sensación de ver algo, que ya se conoce de sobra, pero a tal punto como si de un objeto que arrojásemos al aire, supiésemos de antemano, que su caída será un hecho absolutamente cierto y previsto.

En vez de sacrosantos y esforzados defensores de esa pluralidad, diríanse que nos encontrásemos ante aquellos profesores de periodismo soviético, que enseñaban a los periodistas: «la información no consiste en dar noticias, sino en efectuar la educación de las masas». Y como esa información, al tocar los temas verdaderamente conflictivos es siempre unidireccional, podrían sustituyendo los postulados marxistas-leninistas, por los de la permisividad a ultranza, salvo para los oponentes al sistema y no a los accesorios, decir también que «la información es un instrumento de la lucha de clases», no un mirador para reflejar con objetividad los acontecimientos.

Sustituyamos la lucha de clases por la apología de determinados estereotipos, y tendremos un resultado similar.

Y, por último, siempre queda el recurso supremo y que nunca falla. Decir que el oponente plantea argumentos «fascistas».

La suprema condenación habrá dictado la condena inapelable y descalificadora a ultranza, contra el que así sea calificado, aunque nunca haya vestido una camisa negra, ni conozca siquiera el significado del haz de lictores, o que, incluso, haya combatido contra ese sistema: Será inútil; una vez establecida la última condena: fascista, «*allea jacta est*».

Como no hace mucho leíamos en un comentario, todo el mundo es fascista. Así han sido calificados mutuamente entre ellos, Stalin y Trotsky, o la revolución cultural de Mao, o la política de Breznev, o los presidentes liberales de los Estados Unidos. Es la descalificación definitiva.

Pero terminando con España, esos informativos han moldeado a tal punto la opinión, que millones de personas que durante el Antiguo Régimen eran políticamente neutras y anodinas, ahora descubren el haber sido perseguidas y aherrajadas por el mismo. Aunque critiquen al gobierno socialista, generalmente por esa voracidad recaudatoria, pero no por sus aspectos morales tan importantes en la configuración de la sociedad futura, no echarán la culpa al sistema, sino al partido socialista, quien no hace más que cumplir con sus postulados.

Tanto Hitler como Stalin anunciaron numerosísimas veces en su obras cuál sería su línea de conducta futura, por lo que honradamente no podían existir esas sorpresas mayúsculas que la burguesía occidental se llevaba ante el cumplimiento de sus anuncios. Así, el partido socialista obrero español no hace sino cumplir, y a veces muy atemperadamente, sus propósitos tantas veces enunciados en sus programas ideológicos. ¿Por qué la sorpresa? Pero esa pretendida opinión pública, y esos pretendidos formadores de opinión, no ven, a pesar de su pretendido pragmatismo, las cosas como son, y como la realidad inflexible lo exige, sino como ellos quisieran que fuese.

Si llegamos a la política internacional, entonces los oráculos son el *Washington Post* y el *New York Times*. El resto no cuenta; más bien, no existe.

Durante las grandes investigaciones que se produjeron sobre los servicios de información de los Estados Unidos, después del

asunto Watergate, los medios de comunicación desempeñaron un papel primordial, no sólo de acicate, sino de juzgadores.

No fue el enemigo quien causó daño, sino el deformador sentimiento de culpabilidad nacional, hábilmente explotado por hostiles. Muchos de esos jefes de servicios medios de información extranjeros quedaron aterrados ante el espectáculo de los Estados Unidos sacando a rastras a la luz pública no sólo actuaciones dudosas, sino también fuentes y métodos de trabajo del servicio de información; les parecía que los Estados Unidos se hubieran entregado a una orgía de autodenigración.

Los pretendidos progresistas, autoconsiderándose representantes de una izquierda intelectual, en la realidad, tan pronto se les contraría, se transformaron en los más feroces estalinistas.

Todo aquel que hiciese una crítica del sistema soviético en la época de Breznev era considerado como reaccionario. Sólo se ha admitido la crítica y reconocidos los errores soviéticos cuando el «liberal» Gorbachov ha empezado a señalar los defectos de sus antecesores. Los cuales, aunque deslumbre a nuestros «budas», no es nada nuevo, pues Jruschov achacaba la culpa de los males del sistema, no a éste, sino Stalin y Breznev, a Jruschov, a Breznev, Gorbachov, etc.

Volviendo a la alienación de la opinión española, ésta ha sido y es casi total. No dice lo que piensa, sino aquello que se le dice que debe pensar. Todo, eso sí, dentro de una pretendida atmósfera de libertad y derecho a la expresión. Pero si algún político osa discrepar, no de tal enmienda o del acierto o no en la fijación de las fechas electorales, sino que si osa de discrepar del sistema en uso de esa democracia, los rayos se desatan contra él. Se le silencia, pero posteriormente; primero va el insulto, la denigración, la negación total de cualquier valor en el individuo en cuestión.

Parece ser uno de aquellos acusados de los procesos de Stalin entre los años 1936-1938, una de aquellas víboras lúbricas o perros rabiosos, que en interés de la sociedad había que eliminar.

Con ocasión de la reciente ejecución por parte de elementos incontrolados de unos jesuitas progresistas en El Salvador, las

contadas voces que han osado discrepar de la versión manipulada y representada como indiscutible, fueron tachados enseguida ;Cómo no! de fascistas.

Voces que han ignorado la persecución de la Iglesia en otros tiempos y en otras latitudes ahora acusan de anticlericalismo cavernario a los que osan decir que los jesuitas muertos habían tomado una postura militante y combativa que desbordaba incluso la teología de la liberación.

Los obispos que no se atreven a condenar o a sancionar a clérigos blasfemos y abiertamente infractores, por miedo a que la reacción de los medios de comunicación les acuse de inmovilistas o retrógados; no hay pecado peor. Si acaso es el de fascistas, pero esta es una excomunión grave reservada a ocasiones excepcionales.

Son los nuevos portavoces de la opinión, los nuevos jacobinos que imponen, imbuidos de su misión, las ideas de la paz, felicidad y progreso del pueblo, que las ignora muchas veces, y las desconoce otras, pero al que, en un nuevo «1984», no sólo se le somete, sino que se le llega a hacer creer, por esa propaganda unidireccional y masiva, que es partícipe y no sólo partícipe sino señor único, dueño de su destino.

Los tópicos se repiten sin cesar: «el pueblo con su fino instinto». «Los votantes en las urnas castigaron...», etc. Pero cuando algunos votantes rompen ese estado alienante y votan algo diametralmente distinto a lo sostenido por los «budas», entonces no reconocen su error. Deberían decir uno de sus tópicos: «la grandeza y servidumbre de la democracia». No, entonces son masas de borregos, votos despreciables a los que hay que adoctrinar.

O más aún que en otras naciones occidentales y donde nadie niega que el sistema existente sea democracia, estos pretendidos formadores de la opinión en España, han trascendido su misión informativa. En un verdadero proceso dialéctico, han pasado de ser periodistas y comentaristas, a ideólogos. So pretexto de su reverencia a la voluntad sacrosanta del pueblo, éste ha de ir orientado por ellos. Acorde con sus fines e intenciones.

La afinidad jacobina es indiscutible. Se disfraza de mero

transmisor de la opinión, de que no hace más que cumplir con su labor de informador. A los que osen discutir esto, enseguida se les calificará de reaccionarios que quieren amordazar la libertad de opinión.

Las consignas superan incluso los antecedentes jacobinos; parece, incluso, que nos encontrásemos ante los «dazibaos» chinos de la gran revolución cultural destruyendo a los enemigos de Mao, aunque el día anterior hubiesen sido incluso compañeros de viaje. Tal es la unanimidad de los comentarios, evidentemente contradictorios con una sociedad que se autoproclama democrática, pero en la que, lejos de existir comentarios discordantes, éstos son forzosamente unánimes.

El experto en comunicación Bernard Cohen dijo que «la prensa no puede imponer a la gente durante mucho tiempo lo que tiene que pensar». El propio periodista se sitúa en numerosos casos más a la izquierda en el caso de periódicos no ideológicos, que el público al que va dirigido el medio. Según el profesor Wolfgang Donsabch, en un interesante informe recogido en español por Rafael de los Ríos, para Acepresa muestra cómo las carencias subjetivas de los comunicadores influyen decisivamente en la confección de los contenidos y en la selección de las informaciones: «Un sesgo en la actitudes de los periodistas necesariamente lleva a un sesgo en el contenido de los medios de comunicación».

Según dicho profesor, el periodismo atrae principalmente a jóvenes situados en la izquierda política, más que a los de ideología conservadora. Por ejemplo, en un estudio realizado en 1987, por sólo un 8 % de los estudiantes británicos se defendieron como conservadores, mientras que el 52 % se declararon socialistas. Igual desequilibrio existe en los estudiantes alemanes: el 12 % se consideraban conservadores, frente al 41 % que dijeron ser socialdemócratas. Imponen a la opinión una pedagogía artificial, que conduce a dominar el pensamiento de la gente con su mensaje ideológico contra su propia voluntad.

Cuando casos como el de la elección de Reagan en los Estados Unidos o los éxitos de Le Pen en Francia se producen

de forma innegable, entonces comentan que el pueblo, ese pueblo maravilloso, entonces se ha equivocado. El pueblo es la fuente de las decisiones legítimas, pero siempre que la expresión de ese pueblo esté subordinada a los principios de la sociedad liberal o a las tendencias izquierdistas fijada por esos medios. El político, según ellos, cuando la elección no responde a sus deseos, debe imponer su concepción del bien común y no ser el simple mandatario de las necesidades y de las demandas de la sociedad. El nuevo formador de la sociedad, por el momento parece que intocable y ¡ay! de quien se atreva discutirlo, es ese periodista-ideólogo. Dispensador de patentes a políticos de uno o otro signo, y destructor inmisicorde de aquellos que se atreven a desafiar el nuevo orden.

Pero terminando con España, vimos anteriormente cómo esos medios informativos han moldeado a tal punto la opinión que millones de personas que durante el Antiguo Régimen eran políticamente neutras y anodinas, ahora descubren el haber sido perseguidos y aherrojados por el mismo. Aunque critiquen al gobierno socialista, generalmente por esa voracidad recaudatoria, pero no por sus aspectos morales tan importantes en la configuración de la sociedad futura, no echarán la culpa al sistema, sino al partido socialista, quien no hace más que cumplir con sus postulados.

En un documentado informe sobre el papel de los medios de comunicación en España, publicado en el muy sensato y bien informado boletín del órgano de opinión *Encuentros*, se dice de los medios de comunicación en la llamada transición que «ellos, a través de la prensa, pero sobre todo de la radio y de la televisión han modelado la mentalidad colectiva de los españoles hasta un grado tal que se necesitarían años y años de labor desintoxicadora para corregir en parte sus efectos». No sólo actuaron sobre los aspectos meramente políticos o instituciones del cambio, sino que, sobre todo, insistieron en sus aspectos costumbristas, morales y éticos; por ello, el clima moral que hoy se respira entre los españoles. Se puede decir, sin temor alguno a exagerar, que

sometieron al país a un auténtico «lavado de cerebro», con los resultados que se pueden constatar.

Desarrollaron una verdadera labor de «agit-prop» con estilo de auténticos militantes marxistas, llegando aún más lejos que lo mandado en los propios programas del PSOE. Y, todo ello, mediante un nivel cultural en general ayuno de rigor intelectual, pero acaso por eso muy afectivo, dada la altura cultural de la masa de españoles.

Y no ha habido campo en el que no actuasen. Han sembrado sus consignas sobre cuestiones políticas, institucionales, culturales, jurídicas, militares, históricas, regionales, religiosas, de costumbres, etc. En realidad, se ha implantado y ha arraigado en España el modelo constitucional y social —entendido el término social en su sentido más amplio— que tales periodistas han querido implantar. (En tal sentido los políticos forjadores del cambio siempre fueron a remolque de esos periodistas). Fueron, son, los auténticos moldeadores del alma colectiva actual de los españoles.

Contra ellos nada prevalece y frente ellos todo se doblega. Son auténticamente seguidos y temidos, y, ¡ay quien se atreva a desafiar su poder!, pues sería laminado de inmediato. ¡Ay del político e incluso de aquel juez que intentase poner a uno de esos periodistas en su verdadero sitio! El único político que en la transición se permitió enfrentarse en ocasiones a algunos de ellos fue Fraga y ya vimos cómo fue calificado y tratado a lo largo de años y años. (A ellos se debió en buena parte el continuado fracaso político de tal líder). Quien quisiera enfrentarse con menos bagaje intelectual, menos ejecutoria pública que el citado, sería tanto como suicidarse políticamente.

Una vez alcanzando el cambio, ¿hay síntomas de que tales periodistas se reintegren a su verdadera función informativa abandonando la de conformar la opinión pública? En modo alguno. Una vez tomado el gusto a la función de ideólogo y político, el periodista que venimos definiendo no se conforma con los parámetros estrictos de su profesión. Incluso cuando aparece que algunos se repliegan a su función esencial, el tratamiento

que dan a la pura noticia demuestra que han cambiado de táctica pero no de intención.

Si alguien dijo que «el motor del cambio» había sido el Rey, creemos que se olvidó de otros artífices de ese cambio. Esos artífices fueron algunos periodistas. Sin ellos, los políticos no habrían hecho nada práctico.

En un lugar común de enormes dimensiones el decir que la democracia es el gobierno del pueblo, sin embargo, aun los apolo-gistas de la democracia reconocen que pocos estados modernos conocen el gobierno por el pueblo. Sólo se conoce el gobierno por delegación del pueblo, la cual puede otorgarse de muy diferentes maneras. La democracia —admítan sus grandes bonzos— no es autogobierno del pueblo, sino gobierno con consentimiento del pueblo constitucionalmente y periódicamente revocado. De-trás de cada consulta electoral se oyen siempre las voces de los oráculos de los medios informativos defendiendo lo que el pueblo ha querido decir verdaderamente, cual ha sido el significado de la vocación, sin que esos grandes depositarios de la gracia no recibida del pueblo, cual son los medios de comunicación, no parezcan nunca dispuestos a renunciar a su privilegio interpretativo.

Los medios de comunicación, que cada vez más son una fuer-za dominante en el ejercicio del poder, son tal como hemos vis-to una pequeña minoría que interpreta de forma inexorable el mito de la representación del pueblo. Aunque esto no se quiera reconocer, el régimen de todos los países desarrollados o no, es oligárquico, y la lucha política es sólo lucha entre las distintas oligarquías, alegando cada una para justificar sus aspiraciones al mando, que su título representativo es el de mejor calidad.

Los medios informativos están dejando de ser un sistema de búsqueda y clasificación para convertirse en un principio orga-nizador de la sociedad civil y política.

Acabo ya con una última referencia a nuestra época reciente, a la tan traída transición. ¿Puede alguien negar que no han sido al menos, uno de los motores de cambio? Más aún, posiblemente el factor decisivo.